
EL FARAMALLA INTERMITENTE.



Núm.º IV.º

Concluye la memoria del Capitan Don Raymundo José de Souza.

„**A** las diez, quando se reunia la tropa, me dixo con mucho entusiasmo: ya suenan las caxas, no, no me horrorizan (quando á mí se me erizaban los cabellos) porque Dios me da mas valor y conformidad que yo esperaba. Súplico á V. continuemos con el mismo orden que hasta aquí. Es de advertir que no consintió que nadie entrase en la capilla en las veinte y quatro horas, y si alguna persona entraba habia de ser con consentimiento mio, y si yo no se la presentaba ni aun levantaba los ojos de su hermoso Crucifixo. No quiero oír mas voz que la de V. pues de otro modo temo se distraiga mi espíritu. Quando V. advierta en mí tibieza, porque la carrera es larga y la flaqueza humana mucha, le pido avive mi alma para que ni un momento se aparte de la presencia de Dios, con aquellas reflexiones mas oportunas; pero sino déxeme V. á mí solo, que yo buscaré las jaculatorias que mas hieran mi corazón con dolor. Con este aviso supliqué á los muchos sacerdotes que habian concurrido para acompañarnos no le hablasen palabra, ni interrumpiesen, pues yo estaba á la mira, y me valdria de su favor si lo consideraba oportuno. La despedida de los pre-

D

sos al salir de la cárcel fué breve, pero con palabras tan patéticas, y tan llenas del espíritu de Dios que solo á un mármol no enternecerian. *Amigos* (dixo á aquella multitud de infelices, que al verle explicaron su amargo dolor con fuertes gemidos) *me separo de vosotros; mas no lloreis mi muerte, llorad vuestros pecados para satisfacer á la justicia de Dios ofendida: pronto llegará el momento en que nos unamos todos por una eternidad. ¡O eternidad!... ¡O dulce Jesus mio!... tú me la prometes feliz.:::* Se hizo señal y caminó á la muerte.

»Tan hermosa y agradable como es la luz, son feas y abominables las tinieblas. ¿Qué espíritu habrá tan sombrío que saliendo de la obscuridad de un calabozo no le hilarice la presencia del sol? Es cierto así; pero ¿quán al contrario le sucedió á mi Souza! La vista de la plazuela, llena de un inmenso gentío que se agolpaba á la puerta de la cárcel para ver de cerca á un hombre singular, llenaron su corazón de pavor: se eclipsaron sus hermosos ojos, y su rostro se cubrió de una palidez mortal. Asíó fuertemente el Crucifixo con ambas manos, le aplicó devotamente á sus labios, y comenzó á auxiliarse á sí mismo. En la carrera fué la admiración y edificación de todos. Su entusiasmo religioso, el acompañar la acción á las voces y la finura de éstas eran mas bien estudiada elocuencia de un orador sublime que las jaculatorias sin orden que debian esperarse de un hombre que sabe los instantes de vida que le restan. Clamaba á Dios por el perdón de sus pecados, y no se olvidaba de los motivos de su muerte. Hago memoria de aquellas expresiones patrióticas que repitió muchas veces sin que le arredrase la fiera presencia de sus verdugos. *Yo soy empecinado.... muero por la religion y*

por la España.... ¡Dios poderoso!... ¡que mis hijos disfruten verse libres del tirano! Alguno ha querido suponer que era influxo mio, pero no era yo quien ponía en sus labios estas voces; al contrario, cuántas veces le dixé: señor Capitan esas expresiones pueden tener consecuencia: omítalas V. obedeció. Le mandaba callar porque la cólera de los expectadores se exáltaba demasiado, y temí que el patriotismo de los madrileños rompiese las cadenas antes de tiempo. Miraba pintado en su semblante el furor y la desesperacion, porque no podian evitar el horrendo crimen que iban á consumir los vándalos: sus bocas vomitaban exêcraciones inauditas que solo pudo inventar su odio eterno al tirano. Las mugeres, á quienes naturaleza hizo mas compasivas que crueles, volvian sus cabezas, sus rostros amortecidos, diciendo: ¡Dios justo véngale! Confieso que es la vez que mas he temido al pueblo que en tales casos suele arrebatarse inconsiderado. Pasamos por delante de la casa del duque de Medinaceli, donde estaba alojado el general Gazan; y pareciéndole á éste que ibámoñ con demasiada pausa hizo señal para que se acelerase el paso. ¡Barbaro!... ¿estimas en tanto la comodidad de los caballos, que á tu parecer se molestan, que no reflexionas lo escandaloso que es decir á un hombre que va á morir, aprisa, aprisa?

»Entramos en el Retiro con el mismo órden, y el Capitan Souza, con mas valentía, manifestaba un espíritu superior á todos los infortunios. Llegó al quadro que habia formado la tropa de asesinos: se puso de rodillas: le leyeron la senténcia; pero parte por mi cuidado, y mas por el suyo, nada se oyó. Solo trató de reconciliarse con el mayor despejo, recordándome circunstancias de la confesion

que estaban muy remotas de mi memoria: se acercó el último momento::: ¡Murió el mejor español, entregándonos su sangre!::: Aquí como Apeles quando intentaba pintar el dolor sumo, cubro con el velo del silencio este rasgo último, y el mas patético de su historia, y solo digo por dar alguna idea que quando se oyó su última voz al tomarle el Crucifijo que fué ¡á Dios padre, á Dios! hasta los mismos franceses se enternecieron, y ví correr lágrimas por sus mexillas.

„Don Raymundo he cumplido con los deberes de la amistad: sino hace sensacion en tus queridos españoles, perdona que no he podido mas.”

Intermitencia Periódica.

Al hombre ¡ó mísera suerte!

Todos con mano estendida

Pueden quitarle la vida,

Pero ninguno la muerte.

Así nuestro español Séneca describe la violenta rapiña de la muerte que en el cuerpo universal de todo el género humano fixa sus dientes y clava sus uñas sin que nadie pueda eximirse de sus inviolables leyes. Hizo presa del Capitan Souza, y pagó el tributo general á los 34 años de su edad quando mas le lisongeaban sus esperanzas y la patria recibia mas pruebas de su amor. ¡Inmortal Wellington, prudente O-Donojú, desgraciado Ballesteros á vosotros toca publicar las virtudes patrióticas de Souza! ¡Murió por tener vida? no nos detengamos en el modo: Todo es morir. Lucio Lépidio sin enfermedad murió llamando con el pie á una puerta. Anacreon estando bebiendo. Un Torquato comiendo

una rosca. El cardenal Colona probando unos higos. El pintor Zeusis riéndose de ver el retrato de una vieja que acababa de pintar. ¡O facilidad del morir! ¿Pero qué mucho si siendo tan débil la vida tiene tantos contrarios que la conducen á las manos de la muerte? Es flor, y la ardiente canícula de una fiebre la marchita; es vidrio, y el acaso de una caída la rompe; es arista, y la inclemencia de un incendio la consume; es vapor, y el aire de un pesar le aniquila; es hilo, y el hierro de una violencia le corta; es sombra, y el desman de un desorden la hace nada; es nada, y su misma inconsistencia la hace menos; es vida en fin, y contra ella conspiran tantas muertes como caben posibles contingencias en los sucesos. Una es la salud, muchas las enfermedades, pero éstas de ningún poder para atacar á la verdadera vida que es Dios. En los últimos momentos de la vida temporal se aseguró el capitán Souza de la raíz de la inmortalidad, y unido estrechamente á su Dios, á quien siempre adoró, exhaló su espíritu, dexándonos escrito este desengaño y patriotismo en las cenizas de su cadáver.

Artículo comunicado.

Señor Faramalla: como los escritores de ogaño son tan enemigos de sus alabanzas, ocultan sus nombres para no ser conocidos. Vea su merced que no podemos tropezar con ellos para tratar muchos negocios que serían muy del caso se publicáran en sus papeles, y siendo su merced de la santa hermandad de los papeleros, le remito estas quatro letras para que se las entregue á un señor que se llama *azote de afrancesados*, que de juro le ha de conocer, y si su merced no topa con él, encáxela entre lo suyo y abur.

Señor azotador de afrancesados: en su vida ha tenido su merced mejor pensamiento. Esto necesitan los tunos que á vista y presencia de todos comen, beben y se pasean sin que haya un cristiano que los caliente las orejas, ni los diga qué haces ahí borrico. Azote crudo en ellos, que bastantes hemos llevado nosotros á calzon quitado por la mala ralea de tales perillanes. Quando leí el cartel de su merced me dió un aquel en el corazon, y dixé: bendita sea tu alma! qué pocos hombres se encuentran como este señor! y entonces me acordé que los azotes que habian de llevar todos los muchachos de escuela vienen pintiparados al trascorral de estos escolares que no quieren aprender el *Christus* ni el b, a, n, ban de nuestra cartilla. Bien puede su merced hacer acopio de zurriagas y echarlas en vinagre, que no falta cosecha de mollares donde emplearlas. La lástima es que su merced está solo: y ¿que es uno para tantos? Sucederá que quando eche mano al monton, uno se le escapará por aquí, otro por allí, otro por acullá, y se quedará sin ninguno, y si por fortuna atrapa á alguno, y quiere baxarle las bragas, me temo que muy confiado diga: *parce Dómine, parce que tengo vale.* ¿Y entonces? quedará el azotador hecho un mono. Porque ha de saber que los tales afrancesaditos han hecho lo que los muchachos en dias de noche buena. Estos no dexan sosegar á sus madres hasta que les dan el aguinaldo para el Dómine. Y ¿por qué? porque el Dómine les da la propina de tantos vales segun abulta el regalo. Así han negociado estos angelitos, y puede ser que pocos no tengan su vitela ó alelluya; pero pido á su merced en caridad que quando diga *vale Dómine* entonces zurriagazo que salte la sangre, y que no le valga la bula de Meco.

Aunque no soy tan buen azotador como su merced, deseo ayudarle quanto pueda en esta obra de misericordia corrigiendo al que yerra. Yo los iré atrapando, los montaré á cuestas, y hecho lo mas no le queda á su merced sino el solfeo: con la condicion que no han de llevar una docena ni dos, sino que ha de durar la azotaina hasta que yo los baxe del burro; pero como esto se debe hacer con toda esmelitud y certinidad para que despues no tengamos dimes ni diretes es preciso que su merced me endilgue bien para que no me equivoque en los que tengo de montar, porque como hay muchos diablos que se parecen los unos á los otros, pudiera suceder que un patriota se viera en el burro llevando la pamplina que merece un afrancesado. Por esto ¿le parece á su merced que agarre los primeros á muchos albañiles, asentistas y maestros de obras que fueron atentos servidores del rey de las plazuelas? Estos de buena voluntad hubieran hecho una plazuela de todo Madrid para que su monarca se paseára á sus anchuras. Estos á la capa de Pepe el derribador han levantado sus casas, corrales y almacenes, llenándolos de infinitos despojos útiles que compraban á los franceses por un pedazo de pan, y dexando perdidas tantas familias que han quedado á la luna de Valencia: ¡pues no digo nada!... hasta las benditas ánimas del purgatorio tienen mas que penar, porque las malditas piquetas de estos alarifes han hecho cisco las casas de donde salian las misas y los sufragios. ¿Y piensa su merced que se han enmendado aunque hemos quedado solos? No lo crea. Tan fuertemente se les han pegado las mañas de su maestro mayor el rey de los mangueiros que temo algun dia quieran derribar la casa de la aduana con el fin santo de hacer una gran plaza

donde cojan el sol las señoritas que tomaban el fresco en las noches de verano en la plaza de santa Ana. Aunque por ahora segura está la aduana, habiendo tantos conventos de frayles que para nada sirven y á ellos les sirven mucho sus escombros. Es preciso los hayan echado alguna maldicion, pues desde que se fueron los franceses parece los ha entrado la carcoma y sin saber cómo se van quedando hechos esqueletos de anatomía; pero no es necesario que ellos por sí se caigan, con tal que un alarife levante la voz y diga: ¡que se viene abaxo! abaxo se vino. Y lo peor es que sus falsos testimonios se quedan sin restitution: sus excomuniones son de mata candelas, y sus sentencias no tienen apelacion. Sobre convento á quien ellos echen el fallo: bien pueden los frayles buscar la madre gallega ó meterse en el hospicio, porque sin casa se quedan. Estos señores plazueleros merecen que su merced les pegue buenos azotazos, porque sino son franceses hacen lo mismo que ellos, y con la misma intencion; pero su merced, que está mas ducho en estas cosas, me dirá qué debo hacer con esta gentecilla, pues está pronto á cumplir sus órdenes

El Disciplinante.

Madrid imprenta de Alvarez, postigo de san Martin 1813.

Se hallará en las librerías de Hurtado, calle de las Carretas, de Amposta, calle del Príncipe, y en la de Minutria, calle de Toledo.